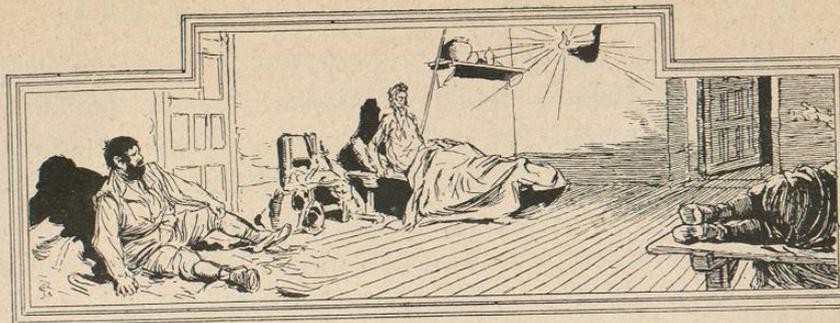


pero no tiene mal corazón. Prosigan vuestas mercedes, que la pieza no puede ser más interesante.» El bachiller Sansón, á quien más divertía esta comedia que la del teatro, se puso de pies y dijo: «Dígame el tuátem ó director de la farándula, ¿cuál es el loco á quien ha querido aludir? ¿Loco, en presencia de caballeros andantes que pueden castigar su demasía? Filipino, Antígono, Sertorio, Aníbal fueron tueros como vos, don bellaco probado; pero esto no os ha de librar de la furia de mi ánimo y la fuerza de mi brazo.» Tío Peluca era de suyo amigo de la paz y concordia; pero cuando le andaban por las barbas daba pruebas clásicas de atrevimiento. Soltó, pues, una carretilla de desvergüenzas tales, que tanto el verdadero como el falso D. Quijote se le iban encima, cuando el mal hablado farsante puso pies en polvorosa, y el ventero intervino diciendo que, como alcaide de la fortaleza, á él le correspondía la represión de esos atrevidos y él sabría poner las cosas en orden.



CAPITULO LIV

DE LO QUE SUCEDIÓ ENTRE LAS CUATRO PAREDES DEL APOSENTO
DE LOS HUÉSPEDES

Porfió tenazmente D. Quijote por írseles encima á los farsantes; pero hubo al fin de ceder á las razones del bachiller, quien le seguía diciendo: «La cuchilla, señor caballero, empleada por Aquiles en Héctor, por Eneas en Turno, por Bernardo del Carpio en Roldán, ¿quiere vuesa merced emplear en gente cautiva y desdichada? – Roldán era encantado, respondió D. Quijote, y no podía ser herido sino por la planta del pie izquierdo; no pudo, por consiguiente, Bernardo del Carpio emplear en él su espada. Como le mató en Roncesvalles fué apretándole en sus brazos hasta hacerle echar el corazón por la boca. – Esas son quisquillas, replicó el bachiller: hilvanar y coser y hacer randas, todo es dar puntadas. Lo que hace á mi propósito es manifestar á vuesa merced cuán fuera de los usos caballerescos estaría el tomarse un andante de los más famosos con un pobre esguízaro que acierta á lo más á llamarse tío Peluca. La espada..... ¿sabe vuesa merced lo que es la espada? Con ella enderezamos tueros, castigamos sinrazones, levantamos caídos, remediamos desdichas, desfacemos agravios. – Sancho tiene la culpa, repuso don Quijote, que no está pronto á hacer suyos estos lances. La verdad de la verdad, señor caballero, es que Tizona y Colada no beben sangre de villanos. – ¿Tizona y Colada ha dicho vuesa mer-

ced?, preguntó el bachiller; ¿en dónde paran esas famosas armas? — Cuando Rui Díaz, respondió D. Quijote, las hubo quitado á los infantes de Carrión, por el desaguizado que éstos hicieron á sus esposas, las regaló á Félix Muñoz y Martín Antolines, el burgalés de pro, sus amigos y conmlitones. Desde este punto pierdo yo de vista esas espadas: deben de hallarse ahora en la Armería Real, ó en otro depósito de curiosidades antiguas. — Yo sé de otra espada, volvió á decir el bachiller, que irá á reunirse con Tizona y Colada. Acuéstese vuesa merced y huélguese esta noche: mañana es otro día, y puede ser que conozca el arma que le digo.» Rióse D. Quijote, y ganó una de las tarimas que rodeaban el aposento. El bachiller Sansón no tenía sueño; D. Quijote estaba lejos de dormir, y solamente Sancho Panza estaba ya soñando con las bodas de Camacho, circuído de doradas nubes. Las doradas nubes eran los quesos amontonados en columnas; las roscas de Utrera puestas allí cual gloriosas coronas; las gallinas, los pollos y capones asados y aderezados, de los cuales él podía espumar tres ó cuatro á modo de advertencia preparatoria.

Estaba el buen Sancho rebulléndose y zambulléndose, como queda dicho, en esa gloria celestial, cuando un viejo á quien el ventero había también alojado en ese cuarto, empezó á estornudar con tal brío, que á Sancho Panza mismo, con ser quien era, le sacó de su sueño y sus casillas: en vez del sacramental *Ave, María santísima*, echó Panza una maldición y un pésete, que hicieron estremecerse al viejo estornudante, quien, recobrándose, dijo: «¿Así saluda vuesa merced á sus hermanos, y de este modo se aprovecha de la ocasión de alabar á la Virgen? — La Virgen no ha menester los estornudos de vuesa merced para ser alabada, respondió Sancho. — ¿Y quién le ha dicho á vuesa merced, replicó el viejo, que el estornudar es malo? — Ahora entro yo, dijo el bachiller Sansón: el estornudar es bueno y muy bueno. ¿Por qué piensa el buen Sancho que invocamos el nombre de María en este caso, sino porque esa es gestión sumamente buena, que tiene olor y resabio de cosa celestial? Pues sepa,

si no lo sabe, que el estornudo, según Aristóteles, indica plena salud en la cabeza, la parte más noble del cuerpo humano, y armonía en sus órganos, de suerte que el pensamiento surge en ella y se dilata en ondas sublimes. Saludar al que estornuda es como darle el parabién de tan gran favor de la Providencia, cual es el tener ideas prontas, cabales y abundantes. — Puede el Estagirita, respondió D. Quijote, apartándose de aquel dictamen, tener mucha razón; lo que hay de cierto en el caso es que los hombres debían morir la primera vez que estornudasen; ley de la naturaleza que se cumplió rigurosamente los tiempos patriarcales. Nuestro padre Jacob, en la segunda lucha que tuvo con Dios, consiguió que ley tan dura para la especie humana fuese revocada. En memoria de este triunfo, los hombres acostumbraron á saludarse cuando estornudaban. — Luego no hay por qué se reprenda al que estornuda, dijo el viejo desconocido, puesto que el estornudar es cosa inocente. — ¿No sostendrá vuesa merced, respondió D. Quijote, que todas las cosas inocentes pueden pasar? Casos hay en que conviene suprimir hasta la tos. Lo que es simplemente estornudar, puede vuesa merced ahora; ni hemos de ir á causarle una apoplejía, estorbándole ese descargue necesario de los vapores cerebrales. Mi escudero tendrá cuenta con ceñirse á la costumbre y responder «Ave, María,» en vez del reniego con que nos ha obsequiado.

— ¡Oh, señor!, exclamó el bachiller, yo no sería capaz de demandarme ni en presencia de un recién nacido; y sé decir á vuestras mercedes que la de un animal mismo me corta y embarga, en cierto modo, para cosas que requieren soledad absoluta. Abomino á esos hombres osados que no respetan en los demás sus propios fueros, y obran como sucios é impúdicos, cuando piensan que están obrando con loable franqueza y desparpajo. El asco es indicio de vergüenza; la timidez revela honestidad; la atildadura del cuerpo se da la mano con la pulcritud del alma. ¿Qué dicen vuestras mercedes de la matrona romana que se desvestía hasta lo vivo en presencia de su siervo, con decir que en ése la esclavitud había matado el alma? La impudicia va aquí á un paso

con el atrevimiento: esa tal merecía que su esclavo le hiciera ver cuán hombre era á despecho de la servidumbre. — Eso se hubiera querido la pazpuerca, respondió Sancho; ¿por qué piensa vuesa merced que lo hacía? — Que esa dama no fué la diosa del pudor, dijo D. Quijote, ya se deja conocer; ¿mas por dónde vienes á descubrir en ella un propósito depravado? Di que ese descoco fué obra maestra de soberbia, y no columbres allí una treta de la deshonestidad. La esclavitud mata el alma, estoy con esa anti-gua; y encarezco el punto afirmando que la sepulta en el cieno. — No vayan vuestas mercedes á pensar, dijo el hombre del estornudo, que soy tan libre en las otras cosas como en el estornudar: yo sé cuándo y dónde pago sus tributos á la naturaleza.» El bachiller Sansón volvió á tomar la palabra y dijo: «Yo, señores, soy de los que vierten lágrimas en la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino, al considerar que la parte noble del hombre, el destello divino que le anima, esta substancia impalpable é invisible, no puede existir en nosotros sino mediante las necesidades y funciones terreras de la carne. ¿Qué será respecto de los hechos que, sobre ser materiales y poco decentes, son también vergonzosos? La urbanidad es madre de la estimación: no es dable apreciar ni querer al que se vuelve repulsivo por la desenvoltura y la descortesía. Hemos de pensar, sentir y obrar con delicadeza; delicadeza, noble voz que significa sensibilidad, rubor, decencia, cosas indispensables para que merezcamos y alcancemos el aprecio y cariño de nuestros semejantes.»



CAPITULO LV

DONDE SE DA Á CONOCER EL DESCONOCIDO Y CUENTA SU LAMENTABLE AVENTURA

«¿El dormir es material y vergonzoso, señor caballero?, preguntó Sancho. — Vergonzoso, de ninguna manera, respondió el bachiller, puesto que no traslitemos los términos señalados por la naturaleza; material, no estoy á un paso de creerlo. El sueño es una operación mixta en la cual tienen parte el alma y el cuerpo, ó por mejor decir, un acto en el cual uno y otro se despojan de sus atributos. El sueño es negación hermosa, ausencia llena de felicidad, si me comprendéis, amigo. — ¿Luego puedo dormir esta noche?, volvió Sancho á preguntár. — Ésta y las siguientes. Dormid los que no tenéis amores que os atormenten ni cavilaciones que os desvelen. — ¿Podría vuesa merced decirme, añadió el bachiller dirigiéndose al huésped desconocido, quién es vuesa merced, de dónde viene, adónde va y cuáles son los sucesos principales de su vida? Holgaría yo de entretener el tiempo con una sabrosa narración, de esas con que los pasajeros amenos suelen hacer dormir á los tontos y velar á los discretos. — Las cosas de mi vida, señor, respondió el huésped, son inenarrables; tanto hay en ella de triste y desdichado.» D. Quijote apoyó al bachiller, diciendo: «Nárrelas vuesa merced, con todo; y aún puede ser que del contarlas aquí se derive el remedio de su cuíta. — Pues yo, señores, me llamo D. Pascual Osorio, de la

Castilla por mi madre. — Antes de pasar adelante, dijo el bachiller, dígame el Sr. D. Pascual Osorio de la Castilla por su madre, si es ó no hidalgo de devengar quinientos reales: lo debe de ser, supuesto que tiene el don. — Cuando era pobre, señor, respondió D. Pascual Osorio, yo no era nada; y lo fuí hasta muy entrado en edad, de lo que estoy lejos de alabarme. Pero un día me vino Dios á ver, y desde entonces mi vida empezó á ser tan holgada como hasta entonces había sido estrecha. D. Pascual siempre me habían llamado mis conocidos; amigos no tiene el pobre. Han de saber vuestas mercedes que esto de la pobreza agua hasta las buenas aptitudes, por mucho que la Escritura hable bien de ella y muestre protegerla. Vuestas mercedes no sean pobres á ningún precio. Los bienes de fortuna me ennoblecieron, me rejuvenecieron, me conciliaron hasta gallardía. No solamente decían todos, sino también pensaban, que yo era hombre de altas prendas. Me casé con una niña de diez y ocho años. — ¿Y á vuesa merced cuántos le corrían hasta ese fausto acontecimiento?, preguntó el bachiller. — Frisaba yo en los sesenta y cuatro, señor: mas fuera de la peluca y un cierto ahogúo, no daba indicios de vejez; ¡qué, si me llevaba calle y media de un tirón, y me tenía como un cernícalo sobre un caballo! — Él sesenta y cuatro, repitió el bachiller, ella diez y ocho; buen surtido. ¿Lo pasaron de perlas, esto se cae por su peso? — Vivíamos, señor, tan sin género de pesadumbres, que éramos del todo felices. Activa, hacendosa, nada soberbia: ella á peinarse, ella á vestirse, ella en persona á todo. — *Mulier diligens corona est viro suo*, dijo el bachiller. D. Pascual Osorio prosiguió: «No dejaba traslucir sino un defectillo, es á saber, tal cual apego al dinero. Sé decir á vuestas mercedes que sus socaliñas eran mi embeleso: su amor nunca más vivo; ella nunca más seductora que cuando sus intenciones iban encaminadas á beneficiarme; hubiera yo querido ser mina de oro para darle gusto.

— «Mucho fas el dinero et mucho es de amar,
Al torpe face bueno et home de prestar.»

dijo el bachiller. Vuesa merced no tenía qué pedirle á la fortuna. — No me hubiera trocado con un cardenal, señor mío de mi alma. Era otra cosa el ver esas mejillas encendidas, esos ojos rasgados, negros, esa cabellera crespa y esponjada que le bañaba los hombros. Y me llamaba hermoso, ¡qué muchacha!

— «Sea un home nescio et feo hasta el orror,
Los dineros le fassen hermoso y sabidor,»

volvió á decir el bachiller. ¿Y qué tal de pasadía? — El mundo era para mí el bien supremo, respondió el viejo; todo placer, todo felicidad.

— «Si tovieres dineros habrás consolación:
Do son muchos dineros es mucha bendición.»

¿No hubo desabrimiento entre vuestas mercedes, amargura chica ni grande, mientras el señor de la Castilla tuvo llena la bolsa? — Me respetaba, señor, y me quería mi mujer como si yo hubiera sido el papa.

— «Yo vi en corte de Roma done es la Sanctidat,
Que todos al dinero fascen grant homildat;
Grant honra le fascían con grant solenidat;
Todos á él se homillaban como á la Magestat,»

respondió el bachiller. ¿Nada de celos? — ¿Celos, señor? Me adoraba la chiquilla.

— «Si le dió bebedizo ó algún adamar,
Mucho aína lo supo de su seso sacar.»

¿Nada de hijos? — Este es el punto de mi desventura, señor. El cielo oyó mis ruegos: ¡qué decir, cuando una noche me anuncia ella que se siente madre! — Vuesa merced quiere darme á entender que estaba preñada, dijo el bachiller. — Y ahora digo á vue-

sa merced, repuso D. Pascual, que llegó el día del alumbramiento y me nació un muchacho como un ángel. — Si no me equivoco, parió la señora, replicó el bachiller. Ahora bien, señor D. Pascual Osorio de la Castilla por su madre, ¿qué hay en esto de triste ni desventurado? — Todo cuanto hay es triste y desventurado, dijo D. Pascual. Quince días hubieron apenas transcurrido, cuando la madre verdadera de aquel bellaquín cargó con él, interviniendo la justicia. El embarazo, fingido; el parto, simulado; el niño, supuesto: ¡qué golpe, señor! — Bonita era la niña, dijo Sansón. ¿Ella sola había urdido la maraña? — Obra fué de una dueña, respondió D. Pascual. Este mismo demonio de vieja había traído poco antes á casa ciertas joyas de grandísimo precio, que yo no quise ni ver; mas la muchacha porfió que yo las había de ver, aun cuando no las compráramos, y esa mera curiosidad me costó un ojo de la cara.

— «Señora, dis, compradme aquestos almajares:
Dijo la dueña: Plazme, desque me los mostrares,»

tornó á decir el socarrón del bachiller. Se acomodaba de prendas para caso necesario.» D. Quijote se había dejado estar callado, con las orejas tan largas, durante esta relación: echando de ver á la luz de un candil una olla en un andamio, le pasó por la cabeza una extraña locura, y levantándose en camisa, tomó á cuatro dedos su contenido y se embarró cara, pescuezo, pecho, arcas y aun la parte posterior de las orejas. «Esto más tiene de bueno el unguento de Hipermea, dijo, que preserva de todo insulto y no da paso al acero, donde el bálsamo de Fierabrás no sirve sino para cerrar las heridas. Ahora estoy cierto de no recibir ninguna, por esforzado y mañero que sea el enemigo con quien me combata.» Diciendo esto, se volvió á su cama, en la que se tiró con gran crujir de tablas y huesos. El bachiller Sansón y D. Pascual Osorio estaban asombrados, y aunque el primero conociese bien á D. Quijote, se admiró mucho de este extremo de locura. Vió, oyó y calló; y después de algún silencio,

dijo al señor de la Castilla: «Su madre verdadera cargó con aquel jabato; ¿de la muy leal esposa de vuesa merced, qué fué? — Aún no se había desenredado la trama, respondió D. Pascual, cuando ya no había quien diese noticia de ella. Uno de esos descomulgados que tienen echada el alma atrás.... Vuesa merced me comprende.

— «Darte han dados plumados, perderás tus dineros;
Al tomar vienen prestos, á la lid tardineros,»

respondió el bachiller. Juro por la Santa Biblia y los setenta traductores, haceros vengado, siguiendo, persiguiendo, matando, volviendo á matar y escarmentando al malandrín que tal sinrazón ha hecho á tan honradas barbas cual muestra ser el señor de la Castilla. Sabed que soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acorrer á los necesitados, castigar á los desaforados, enderezar los tuertos y poner en orden el mundo. Para autenticar, en cierto modo, mi juramento, llamo y pongo de testigo á mi dulce amiga la sin par Dulcinea del Toboso.» Admirado estaba D. Pascual Osorio oyendo las resonantes cláusulas del falso D. Quijote, promesas de más ruido que solidez, cuando el verdadero alzó la voz y dijo: «Miente por la mitad de la barba el hideputa que dice ser D. Quijote de la Mancha. — ¿Luego es vuesa merced, respondió el bachiller, el atrevido que anda por esos mundos llamándose D. Quijote de la Mancha, en menoscabo de mi fortuna y para mengua de mi fama? Ya sé que ese cobarde caballero huyó de unos leoncitos y tuvo miedo á unos batancitos: ¡y esto llamándose D. Quijote! Pues el juramento que hice en pro del Sr. D. Pascual de la Castilla por su madre, lo convierto en mi propio beneficio y en contra del atrevido que osa tomar mi nombre y sustentarme barba á barba que él es el verdadero D. Quijote de la Mancha.» ¡Oh, santo cielo y cómo le crujieron los huesos á nuestro buen D. Quijote y le temblaron los músculos, de pura indignación y coraje! Llamó de felón, follón y mal nacido al usurpador de su personalidad, y

le retó á singular batalla. Concertáronse los dos aventureros en combatirse al día siguiente en uno de los patios del castillo, y pusieron por condición de la batalla que el vencedor sería el verdadero D. Quijote, y el vencido, despojado de ese famoso nombre, iría á meterse fraile.



CAPITULO LVI

DE LA NUNCA VISTA NI OÍDA BATALLA QUE DE PODER Á PODER SE DIERON
EL GENUINO Y EL FALSO D. QUIJOTE

Tío Peluca y sus aparceros no veían la hora de alejarse de loco tan peligroso; diéronse, por lo mismo, un madrugón, que cuando quería amanecer, ya ellos andaban á buen trecho de la venta. Ni era posible aguantar á la larga las cosas de D. Quijote, hombre que de las piedras sacaba agua de caballería. Los togados y el escribano, por su parte, hubieran perdido una oreja por no verse cara á cara con tan formidable enderezador de tuertos, y en confuso montón con los histriones y los osos se fueron de pie quebrado. Avínoles bien el haber cogido la alborada, porque D. Quijote amaneció ese día más loco que nunca, y Dios solamente sabe en qué laberintos y pependencias los hubiera metido. Vistióse el caballero, salió armado de punta en blanco, *undique munitus*, y llamó á la liza á su atrevido homónimo; pero éste se cerró en que no pelearía ni con el arcángel San Miguel, antes de haberse fortalecido con una buena refección; para lo cual mandó venir al alcaide del castillo, y le ordenó dispusiese un almuerzo como para Lúculo. «Desde luego, señor alcaide, vuesa merced será servido de abrir la comida con unos melones tajados en forma de media luna, encendidos como un ascua. — Los melones, señor, respondió el ventero, son tan bien agestados en estos territorios, que tienen color de aza-